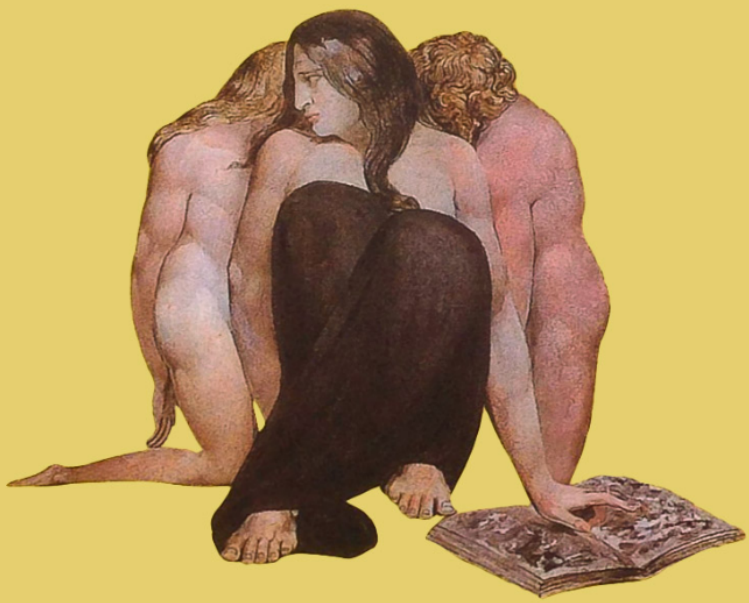
CHARLES BAUDELAIRE

CONSEJOS A LOS JÓVENES ESCRITORES

TRADUCCIÓN: ALFONSO SALAZAR



Son los *Consejos a los jóvenes escritores* el libro de cuentas de un prestamista, una guía de inversión literaria: la literatura como producto de mercado, artículo de consumo. Y, en este juego del mercado, el burgués debe estar presente: seducción del burgués, primera premisa. Baudelaire se nos adelanta en el tiempo vislumbrando la entrada del mercado salvaje en la vida marital del libro y el autor.

Charles Baudelaire

Consejos a los jóvenes escritores

ePub r1.2
Titivillus 08.08.2022

Título original: *Conseils aux jeunes littérateurs*
Charles Baudelaire, 1846
Traducción: Alfonso Salazar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Hipócrita autor

CHARLES BAUDELAIRE TENÍA veinticinco años cuando publicó en L'Esprit
Public *Conseils aux jeunes littérateurs* —que aquí presentamos como *Consejos a los jóvenes escritores*—, en una revisión de la traducción publicada en el año 2000 en la colección Minúscula de la desaparecida Celeste Ediciones. Veinticinco años es una edad donde la capacidad para aconsejar se supone escasa, pues reservamos su empleo a la maestría que dan el conocimiento, la edad y la experiencia. Pero el joven Charles debía estar muy por encima de esos convencionalismos. Una infancia partida, un padre muerto mucho mayor que su madre, un militar entrando en el lecho materno de la viuda, una desenfrenada juventud… son trazos bastante lúcidos para el caprichoso psicodrama de una personalidad arrebatadora que revolucionó la poesía francesa e hizo reparar a sus contemporáneos en que lo mejor no es siempre necesariamente lo bueno, en el sentido moral de la palabra. Que Satán —y su metáfora — también es atractivo. Que en las miserias se funde también el arte. Y, definitivamente, que el malditismo se convertiría en escuela, empezando por Edgar Allan Poe, el alma gemela de Baudelaire, traducido por éste impenitentemente, como una religión.

La obra *Consejos a los Jóvenes literatos*, aquí llamados escritores, fue uno de sus primeros pasos en un baldío mercado de la literatura, que le valió fama de cáustico. Su propensión a la crítica de arte, esa maravillosa capacidad de la sorpresa, fue agrupada bajo el título genérico de *El salón de…* y un año señalado: (1845, 1846, 1859) y tuvo ediciones sucesivas que le dieron alguna mejor consideración. *Las flores del mal* soportaron la amputación de los censores y depositaron unos despojos, poemas

condenados de la primera aparición del poemario que, tras variados títulos (*Las Lesbianas, Los Limbos*), termina por ofrecerse al papel en el año 1857, procurando el asombro de Mallarmé, Swinburne o Verlaine para total desconfianza del autor.

Aquel jardín maléfico resultó imprescindible para generaciones postreras. *Las flores del mal* son el elogio de la sociedad moderna, del vicio y la pasión. Son frutos del dolor, indagación de la ubicación del daño, del alcance de la santidad mediante la mortificación y el pecado, muy lejos de los postulados de Nietzsche —tan proclive a la higiene mental. Según Paul Claudel, Baudelaire cantó la única pasión que el siglo XIX pudiera experimentar con sinceridad: el remordimiento.

Por entonces llegarían al escritor la vida rápida, las deudas, la herencia paterna intervenida judicialmente ante las manifiestas propensiones de prodigalidad, el amor por la mulata Jeanne, por la también actriz y mujer *honesta* Marie Daubrun, por *Madame* Sabatier a quien enviará múltiples sonetos tras conocerla en el club de los *Haschischins*. Y un posterior abandono de la pobre Jeanne, que terminará hospitalizada y hemipléjica. Fracasos literarios en Bélgica (*pobre Bélgica*, dirá el autor), continuos retornos al refugio en casa de su madre con la esperanza de curar la sífilis enganchada en su juventud en el Barrio Latino, belladona, quinina, éter contra el asma, mucho Poe —autor juzgado inmoral—, y una única noche de amor el día 30 de agosto de 1857 con *Madame* Sabatier. Luego sucesos y arrebatos: Luis Napoleón emperador de los franceses; la admiración por Manet, Wagner y Delacroix; una reputación que no saldrá de los cenáculos bohemios; un intento de suicidio y otro intento de rehabilitación con una frustrada candidatura a la Academia; trastornos nerviosos y dolores musculares; ayudas económicas del Ministerio; opio y De Quincey. El amante de Jeanne desvalijando su casa de Neully, dolencias en los ojos, neuralgias, reuma, desarreglos de intestinos, estómago deshecho, fracaso literario y fracaso del cuerpo marchito, convalecencia en un convento, afasia, hemiplejía, un año paralizado y mudo. Y al fin la muerte el 31 de agosto de 1867, a los cuarenta y seis años de edad en brazos de Caroline Archimbaut-Dufays de Baudelaire y de Aupick, su madre. Como lastimero final una tumba en Montparnasse, junto al cuerpo odiado de su padrastro. Baudelaire se

revuelve en su tumba.

Pero en 1846 tenía veinticinco años y peregrinaba con la sífilis que le regaló la prostituta Louchette, tras un viaje hacia Calcuta —que sólo soportó hasta la isla de Reunión— adonde se dirigió obligado por un padrastro para quien siempre deseó la muerte y cuya ejecución reclamaría al pueblo desde las barricadas del 48 en París, la ciudad que nunca dejó de anhelar en su sufrido balanceo por las aguas del Índico. Mientras en Inglaterra el *dandy* era un intelectual burgués ascendido a una clase superior, en Francia el bohemio era un burgués que descendía hasta el suburbio proletario. Pero Baudelaire asumió la figura del *dandy* y así se trasluce en *La Fanfarlo*. Para entonces, ha comenzado su juego.

En un alarde de cinismo el *dandy* aprieta los dientes y muestra hasta dónde puede llegar. Él, el peor de los ejemplos de la época, el bohemio pertinaz se reviste de sacerdote y lanza a los cuatro vientos sus consejos a los jóvenes ansiosos que se inician en la literatura. Agrio y mordaz asesta un nuevo golpe a la sociedad burguesa afilando los cuchillos, simulando la defensa, amagando clavarlos y mirando torvamente. Para más inri, no se arredra en modestias y presenta sus «consejos» como preceptos, más cercanos a las posibles leyes de la naturaleza. E insiste desde una perfección inamovible y absoluta (con una urbanidad pueril ¿y honesta?, ¿qué paraíso perdido?) recogidos en un vademécum, como su constante búsqueda de un dios: él, el más absoluto de los descreídos.

Busca Baudelaire reconvertir el camino del joven autor, indicarle con un guiño *no hagas lo que hago, haz lo que digo*. Pero eso sí, termina por inocularle la misma finalidad, sin contemplar el albedrío del joven autor. «Esto es lo que yo he aprendido», empieza diciendo, «y esto lo que deberías hacer: no te mezcles con mujeres, ni tengas acreedores, no odies con pasión…». ¿Quién tiene derecho a aconsejar? ¿Un jovenzuelo descarado de veinticinco años y seis días?

La dulzura de otros manuales de consejos se evapora en este libelo de Baudelaire. Al fin y al cabo, si el burgués paga, complazcamos al burgués, viene a decir. ¿Quiere ser escritor, joven? Siga estas normas de sometimiento del sentimiento. No tiemble el joven autor, siga los pasos, mire desde el ruedo al tendido, desafiante. Baudelaire se ríe desde la barrera.

Rompe con los tópicos de la bohemia, con los binomios Éxito/Suerte, Inspiración/Arrebato, Pasión/Odio, para recolocarlos en un imaginario mapa de la literatura burguesa, y finalmente productiva, rentable, profesional, literatura creada para el público (¿estamos ante un avance del *best-seller*?). Sin embargo, en su defensa arrastrada pasa a cuchillo a los triunfadores: los éxitos de la sociedad de los logogrifos —que no se entiende qué dicen, dice— soportan la mayor parte de la carga de la brigada ligera.

Pero este acercamiento al burgués, esta participación en la mesa de juego de la literatura, esa corrección de la creación para que se adapte a las necesidades de mercado, esconde la pertinaz intención de colocarle una bomba bajo la cama, cuando lee plácidamente antes de dormir: ahora es el momento —murmura—, cuando te he hecho, burgués, *creer que soy de los vuestros*. El terrorista Baudelaire se desenmascara. El irónico ejercicio de la defensa de lo políticamente correcto, como decimos ahora, es un simple motivo para revolverse desde el malditismo presbiteriano: si fuese capaz de hacer todo lo que digo, viene a gritar desde el pavé de París, me tendríais que aceptar, burgueses. Pero no será él quien lo haga. Lo dejará en manos de aprendices, aquellos que deben terminar siendo el burgués mismo. Baudelaire se instala por encima del bien, del mal y hasta de las flores.

Son los *Consejos* el libro de cuentas de un prestamista, una guía de inversión literaria: la literatura como producto de mercado, artículo de consumo. Y en este juego del mercado, el burgués debe estar presente: seducción del burgués, primera premisa. Si el burgués está complacido, vivirás afortunadamente autor. Se inicia así una transformación, el autor empieza a parecerse cada vez más a aquello que más detesta. Tendrá preeminencia la razón sobre la inspiración, y el trabajo diario, mercantilizado, productivo, eficiente para procurarla. Para ello hay que mantener todas las formas: nada de acreedores que desprestigien el chasis financiero. Mujeres las justas y de buena reputación, nada de actrices como la Duval, la amante, la actriz mulata. Nada de mujeres brillantes que hagan sombra al hombre. Sean esposas prudentes que esperen en casa con el puchero en el fuego y las pantuflas burguesas en la boca. Y ponga usted buena cara, manéjese bien con todo el mundo. Por favor, que no venga su padrastro a recogerlo, para llevarlo borracho a casa,

para disponer una administración judicial de su herencia por el anciano juez de Neully.

Algunas de las comparaciones que suscitan la recomendación, como en un juego de espejos, son los arcos principales del texto: una bala de rebote, una crítica búmerang, un acreedor perseguido con florete… Su experiencia sirve como tema central de todo aquello que no se debe hacer. Al fin y al cabo no sólo podemos preguntarnos quién puede aconsejar sino ¿debe seguir sus propios consejos quien aconseja? Jamás, desde luego, un libertino. Es más fácil aconsejar para aquel que cumple su propio consejo: el no fumador recomienda que no se fume. El fumador libertino recomendará que no fumes como un trabajo hercúleo, pues no le tutela el ejemplo.

Decimos moralmente libertino, que no idiota, ajeno a la realidad, a los abusos y riesgos del mercado —que aquí sólo se llama literatura. Baudelaire se cuestiona desde el salario hasta la compañía femenina, esto es, todos los riscos de su atormentada vida, todos los avatares que lo sumieron en la melancolía de un jardín maligno. El odio como un licor caro y precioso para quien ha dilapidado el odio. La pasión como un muro que debe ser demolido para quien plantea con pasión las demoliciones. Quien espere consejos encontrará la risotada del maestro tras el humo del hash.

Baudelaire atisba algunos elementos que se desarrollarán en la civilización moderna del siglo XX de la literatura: la profesionalización del autor, que ya no tiene porqué sobrevivir en cuartos de la mala muerte sino que le basta asomarse a los tranquilos balcones de las columnas de los periódicos, al vertiginoso mundo de los guiones de cine, al éxito rutilante y rebosante del premio, al sindicato de la sociedad de autores, al escaparate de internet, radios, prensa y televisión que lo llevan entre paños hacia el Olimpo del color. Triunfan los aplicados en la producción en cadena, en los herederos mcdonalizados del montaje fordista. El Parnaso del presente se aloja en los anaqueles de las novedades, en los suplementos de los sábados. Hay autores a quienes se compra, y fichan por escuderías de la alta comunicación: son la plena fundición con el burgués —salvemos las distancias— que recomienda Baudelaire. De ahí su máxima exhortando a corregir los textos, como toda persona en su sano juicio haría: corregir para ser

aceptado en la sociedad. Dar muerte a la libertad en pos de la convivencia y la connivencia.

Se nos adelanta en el tiempo vislumbrando la entrada del mercado salvaje en la vida marital del libro y el autor: hay libros que mueren antes de ser publicados, y otros que nacen con una vigésima edición bajo el brazo. Hay autores tocados por el éxito en la raíz de un favor, no de la suerte. Hay autores X que premian a autores Y que premian a autores X. Hay libros donde el nombre del autor es más importante que el título y ocupa media página. Libros donde el rostro del autor llena la portada. Hay títulos que parecen ideados por publicistas. Hay libros, definitivamente, que mejor sería que no naciesen, pero el mercado manda y ordena, publica y vende.

Al paso del mercado hay que sujetarse al pasamanos del éxito y saltar desde el arcén. Si el mercado pasa, súbete. Que el revisor pique el billete de escritor complaciente. Si hay que hacer concesiones, hazlas. Pero con inteligencia, que no se te note en absoluto que eres hipócrita, sublimemente hipócrita, mi joven autor, mi hermano, *mon semblable*.

Alfonso Salazar

AL LECTOR

La necedad, el yerro, la culpa, la codicia,
ocupan nuestro espíritu, minan nuestro cuerpo,
como los mendigos alimentan su inmundicia,
nutrimos nuestros complacientes remordimientos.

Terco es el pecado, cobarde la contrición;
y volvemos alegres al camino de fango
tras hacernos pagar con creces la confesión,
creyendo lavar nuestras faltas con viles llantos.

En la almohada del mal es Satán Trimegisto
quien mece con tiempo nuestro espíritu embrujado,
y nuestra voluntad, un metal rico,
entre las manos de este alquimista se ha esfumado.

El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven.
A objetos repugnantes les hallamos encantos;
cada día al Infierno nuestros pasos descienden,
sin horror, tinieblas que apestan atravesamos.

Tal y como besa y muerde un pobre libertino
el seno martirizado de una puta vieja,
robamos al pasar un placer clandestino
que exprimimos bien fuerte, como naranja seca.

Denso, hormigueante como un millón de gusanos,
se agolpa en nuestro cerebro un pueblo de demonios.
Y la Muerte a los pulmones, cuando respiramos
desciende, río invisible, con gemidos sordos.

La violación, el veneno, el incendio, el puñal,
si aún no han bordado con sus caprichosos trazos
el cañamazo banal de nuestro triste azar,

es porque nuestra alma no se atreve aún a tanto.

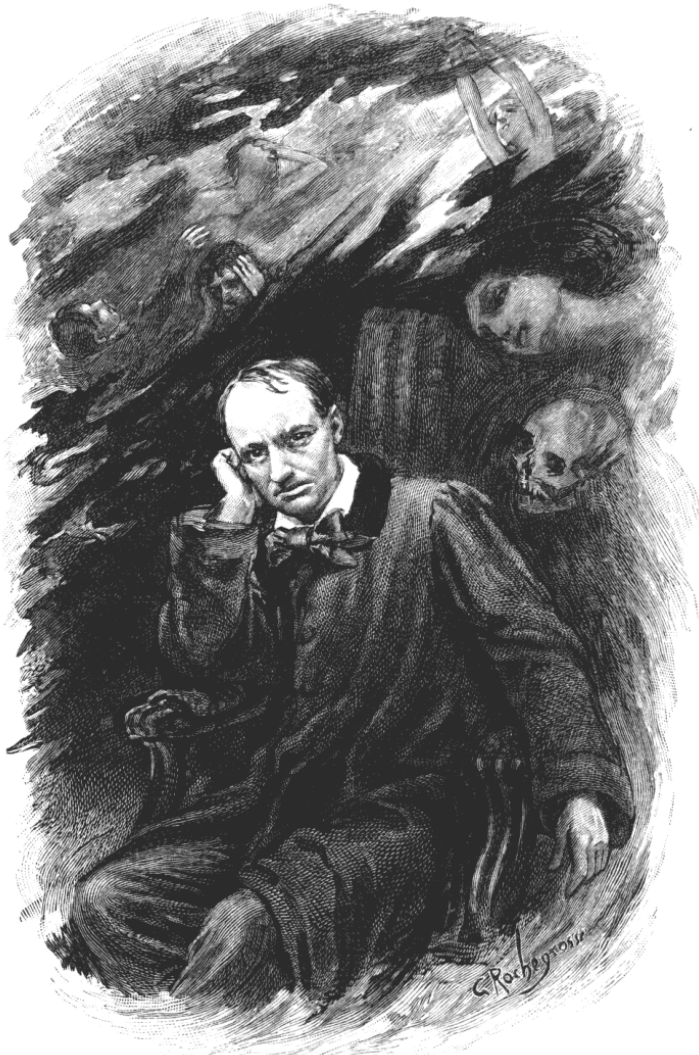
De entre los chacales, panteras, perros de caza,
los escorpiones, serpientes, los buitres, los simios,
monstruos que aúllan, gritan, gruñen, que se arrastran
en la infame casa de fieras de nuestros vicios

hay uno más espantoso, más malvado, inmundo
que sin hacer grandes aspavientos, ni gritando,
de un bostezo se tragaría el mundo,
y con gusto dejase la tierra hecha pedazos,

el Aburrimiento, con ojos de llanto espontáneo,
y fumando su narguile, sueña con cadalsos.
Tú conoces, lector, a ese monstruo delicado,
—Hipócrita lector, —mi semejante, —mi hermano.

(*Les Fleurs du mal*, Charles Baudelaire, versión Alfonso Salazar)

Publicado en *public*
L'Esprit
, 15 de abril de 1846


G. Rochegrosse

Consejos a los jóvenes escritores

Charles Baudelaire

LOS PRECEPTOS QUE va a leer son fruto de la experiencia; la experiencia implica una cierta suma de errores y pifias que cada cual va cometiendo —algunas o todas son necesarias—, espero que mi experiencia sea verificada con la de cada cual.

Los señalados preceptos no tienen pues otra pretensión que aquella de vademécum, ni otra utilidad que aquella del civismo pueril y honesto. ¡Utilidad enorme! ¡Supongan el código del civismo escrito por una Warens [1] de corazón inteligente y bueno, el arte de arreglarse enseñado por una madre! Así pongo en estos preceptos dedicados a los jóvenes escritores una ternura fraternal.

I. De la suerte y la mala suerte en los comienzos

LOS JÓVENES ESCRITORES que hablan de un joven colega con tono envidioso dicen: «*Es un buen principio, ¡ha tenido una suerte bárbara!*», no reflexionan en que todo comienzo tiene siempre sus precedentes y que es el efecto de otros veinte comienzos que nos son desconocidos.

No sé si podemos considerar que alguna vez, vistos los hechos, les haya sonado la flauta; creo más bien que un éxito es, en proporción aritmética o geométrica, producto de la fuerza del escritor, el resultado de éxitos anteriores, a menudo invisibles a simple vista. Hay una lenta agregación de éxitos moleculares; pero generaciones milagrosas y espontáneas, jamás.

Aquellos que dicen: *tengo mala pata*, son los que no han tenido aún éxito y que lo desconocen.

Hablo pues de las miles de circunstancias que rodean la voluntad humana y que tienen, en sí, sus causas legítimas de existencia; constituyen una circunferencia en la cual está encerrada la voluntad; pero esta circunferencia es mudable, está viva, gira y cambia todos los días, cada minuto, cada segundo su círculo y su centro. Así, ejercitadas por ella, todas las voluntades humanas que están enclaustradas varían a cada momento su juego recíproco, y esto es lo que constituye la libertad.

Libertad y fatalidad son contrarios; pero vistas de cerca y de lejos, resultan ser una única voluntad.

Por ello no existe la mala pata. Si uno tiene mala suerte, es que le falta algo: hay que conocer ese algo, estudiar el juego de las vecinas voluntades para desplazar con mayor facilidad la circunferencia.

Un ejemplo entre mil. Algunas de las personas a las que amo y estimo arremeten contra las popularidades actuales. Eugène Sue [2], Paul Féval [3], son unos logogrifos [4] en acción; pero el talento de

esta gente, por frívolo que sea, existe, y la cólera de mis amigos o no existe o más bien, existe *negativamente*, pues es una pérdida de tiempo, una de las cosas del mundo menos apreciada. La pregunta no es saber si la literatura sentimental o de la forma es superior a la que está de moda. Esto es totalmente verdadero, al menos para mí. Pero no será más que la mitad de verdadero, mientras no tengáis en el género que os queréis instalar tanto talento como Eugène Sue en el suyo. Alumbrad tanto interés con nuevos medios; poseed una fuerza igual y superior en sentido contrario; doblad, triplicad, cuadriplicad la dosis hasta una igual concentración, y ya no tendréis derecho a maldecir al burgués porque el burgués estará con vosotros. Hasta que, *vae victis* [5] !, pues nada es más verdad que la fuerza, que es la justicia suprema.

II. De los salarios

POR BELLA QUE sea una casa, es sobre todo —antes de que su belleza sea demostrada—, tantos metros de alta por tantos de larga. Así la literatura, que es la materia más inapreciable, es ante todo un relleno de columnas que el arquitecto literario, cuyo solo nombre no tiene posibilidad de proporcionar beneficio alguno, debe vender a cualquier precio.

Hay gente joven que dice: *puesto que esto no vale casi nada, ¿para qué esforzarse tanto?* Podrían ofrecer una obra mucho mejor; y en tal caso, no les escamotearían más que por la necesidad actual, por la ley de la naturaleza; pero se desvalijan ellos mismos: aún mal pagados, habrían encontrado algo de honor; pero mal pagados, se sienten deshonrados.

Resumo todo lo que podría escribir sobre esta materia, en esta máxima suprema que dejo a la meditación de todos los filósofos, de todos los historiadores y de todos los hombres de negocios: ¡Sólo por los buenos sentimientos se alcanza la fortuna!

Aquellos que dicen: *para qué romperse la cabeza por tan poco*, son los que más tarde, una vez alcanzado el éxito, quieren vender sus libros por doscientos francos el folletín y que, rechazados, vuelven al día siguiente a ofrecerlos a la mitad.

El hombre razonable es el que opina: «Creo que esto vale tanto, porque tengo talento: pero si es necesario hacer concesiones, las haré, para tener el honor de estar entre los vuestros».

III. De las simpatías y las antipatías

EN AMOR, COMO en literatura, las simpatías son involuntarias: no obstante tienen la necesidad de ser verificadas y, aquí, la razón tiene su posterior importancia.

Las verdaderas simpatías son excelentes, porque son dos en una; las falsedades son detestables, porque no son más que una, excepto la indiferencia primitiva, que vale más que el odio, consecuencia necesaria del engaño y la desilusión.

Por ello admito y admiro la camaradería en tanto que está fundada sobre las referencias esenciales de la razón y el temperamento. Es una de las santas manifestaciones de la naturaleza, una de las numerosas aplicaciones de este proverbio sagrado: la unión hace la fuerza.

La misma ley de franqueza y de ingenuidad debe regir las antipatías. Mientras tanto, hay gente que se fabrica tanto odios como admiraciones, atolondradamente. Es bastante imprudente: supone crearse un enemigo sin beneficio ni provecho. Un golpe que no lleva a nada, no hiere el corazón del rival como era su destino, sin contar además que se puede, a tontas y a locas, herir a uno de los testigos del combate.

Un día, durante una lección de esgrima, un acreedor vino a importunarme: lo perseguí por la escalera a golpes de florete. Cuando volví, el maestro de armas, un gigante pacífico que me habría tumbado de un soplido, me dijo *¡Cómo ha derrochado usted su antipatía! ¡Un poeta! ¡Un filósofo! ¡Bah!* Había perdido el tiempo de realizar dos asaltos, estaba sofocado, avergonzado y despreciado por un hombre más, el acreedor a quien no había conseguido hacer un gran daño.

En efecto, el odio es un licor precioso, un veneno más caro que el de los Borgia, porque está hecho con nuestra sangre, nuestra salud, nuestro sueño y dos tercios de nuestro amor. ¡Es

imprescindible ser avaro!

IV. Del vapuleo

EL VAPULEO NO debe ser practicado más que contra los partidarios del error. Si sois fuertes, atacar a un hombre fuerte es perderse; aunque disintáis en algunos puntos, será siempre de los vuestros en determinadas ocasiones.

Hay dos métodos de vapuleo, dando rodeos o por la línea recta, que es el camino más corto.

Se encuentran suficientes ejemplos de cómo dar rodeos en los folletines de J. Janin [6]. Estas perífrasis divierten a la galería, pero no la instruyen.

La línea recta es ahora practicada con éxito por algunos periodistas ingleses; en París, está en desuso; Granier de Cassagnac [7] me parece que la tiene demasiado olvidada. Consiste en decir:

«El señor X… es un hombre deshonesto, y además un imbécil; y es lo que voy a probar» —y probarlo, por esto, por aquello, etc. Recomiendo este método a todos aquellos que tienen fe en la razón y la mano dura.

Un vapuleo fallido es un deplorable accidente, es una flecha que se nos vuelve, o al menos nos destroza la mano, una bala de rebote que nos puede matar.

V. De los métodos de composición

HOY EN DÍA es forzoso producir mucho; es fundamental ir rápido; es preciso pues acelerar el paso lentamente; es imprescindible que todos los golpes acierten y que ninguna acometida sea inútil.

Para escribir rápido es necesario haber reflexionado mucho, acarrear con un tema en el paseo, en el baño, en el restaurante, incluso en casa de la querida.

E. Delacroix[8] me dijo un día: «El arte es algo tan ideal y fugitivo, que las herramientas nunca son las apropiadas, ni los medios lo bastante expeditivos». Como en la literatura; no soy partidario de la tachadura; emborrona el espejo del pensamiento.

Algunos, y de los más distinguidos y conscientes —Édouard Ourliac[9], por ejemplo— comienzan cargando mucho el papel; lo llaman *cubrir el lienzo*. Tras esta operación confusa que pretende no deshacerse de nada, cada vez que reescriben, amplían y desbrozan. El resultado puede ser excelente, aunque abuse del tiempo y del talento. *Cubrir el lienzo* no es llenarlo de colores, es bosquejar en frottis[10], es disponer unas masas en tonos ligeros y transparentes. El lienzo debe estar cubierto, en espíritu, en el momento en que el escritor toma la pluma para escribir el título.

Se dice que Balzac recarga sus originales y pruebas de manera fantástica y desordenada. Una novela pasa desde entonces por una serie de génesis, donde se dispersa no solamente la unidad de las frases, sino también de la obra. Es sin duda este mal método el que da a menudo al estilo no sé qué de difuso, de atropellado, de borrador, el único defecto de este gran historiador.

VI. Del trabajo diario y la inspiración

LA ORGÍA NO es la hermana de la inspiración: hemos roto este parentesco adúltero. El súbito nerviosismo y debilidad de algunas jóvenes promesas son suficiente testimonio contra este odioso prejuicio.

Una alimentación sustancial, pero regular, es la única cosa necesaria para escritores fecundos. La inspiración es decididamente la hermana del trabajo diario. Estos dos contrarios no se excluyen más que todos los contrarios que constituyen la naturaleza. La inspiración sucede, como el hambre, como la digestión, como el sueño. Hay sin duda en el espíritu una especie de mecánica celeste, de la que no hay que avergonzarse, hay que sacarle el partido más glorioso, como hacen los médicos con la mecánica del cuerpo. Si se quiere vivir en una contemplación obstinada de las obras futuras, el trabajo diario estará al servicio de la inspiración —así como una escritura legible sirve para aclarar el pensamiento, el pensamiento calmado y potente sirve para escribir de manera legible; porque el tiempo de las malas escrituras ha pasado.

VII. De la poesía.

EN CUANTO A aquellos que se entregan o se han entregado con éxito a la poesía, les recomiendo que no la abandonen nunca. La poesía es una de las artes que más rinden; aunque sea una especie de inversión donde se alcanzan tarde los intereses que, en cambio, son enormes.

Desafío a los envidiosos a que me citen buenos versos que hayan arruinado a un editor.

Desde el punto de vista moral, la poesía establece unos límites entre los espíritus de primer orden y los de segundo, de tal manera, que el público más burgués no puede escapar a esta influencia despótica. Conozco a gente que leen los folletines —a menudo mediocres— de Theóphile Gautier sólo porque ha escrito *La Comédie de la Mort*[11]; sin duda no aprecian todos los encantos de esta obra, pero saben que es poeta.

Lo cual asombra por otra parte, pues todo hombre hecho y derecho puede estar sin comer dos días, pero ¿sin poesía?

El arte que satisface la necesidad más imperiosa será siempre el más honrado.

VIII. De los acreedores

RECORDARÉIS SIN DUDA una comedia titulada: *Desorden y genio* [12]. Que el desorden a veces haya acompañado al genio, prueba solamente que el genio es terriblemente fuerte; desgraciadamente, este título hace suponer a muchos jóvenes que más que una coincidencia se trata de una necesidad.

Dudo mucho que Goethe tuviese acreedores; el propio Hoffmann [13], el desordenado Hoffmann, preso de necesidades más frecuentes, aspiraba sin tregua a arreglárselas, y murió en el momento en que una vida más larga permitía a su genio un desarrollo más radiante.

Nunca tengáis acreedores; haced, si queréis, como que los tenéis, es todo lo que puedo permitiros.

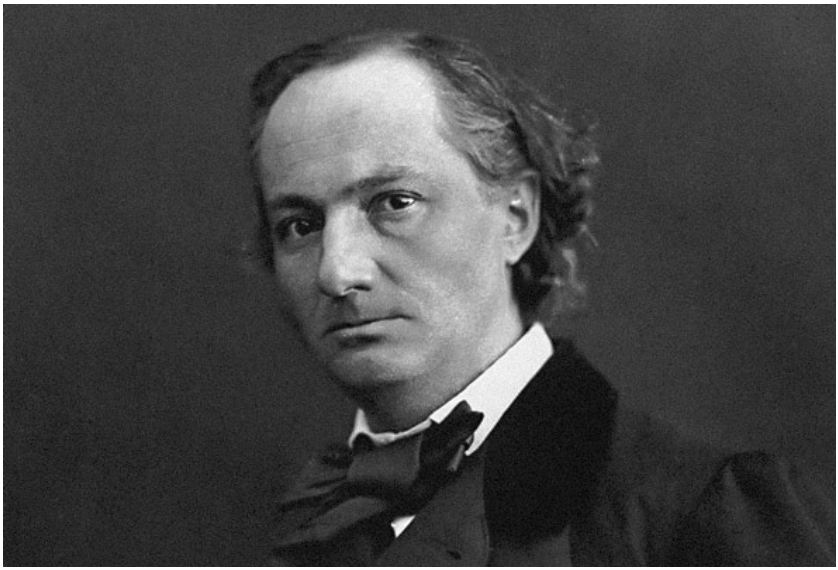
IX. De las amantes

SI QUIERO OBSERVAR la ley de los contrastes, que gobierna el orden moral y el orden físico, estoy obligado a ordenar en sus clases a las mujeres peligrosas para la gente de letras: la mujer honesta, la sabihonda y la actriz; la mujer honesta, porque pertenece necesariamente a dos hombres y es mediocre pasto para el alma despótica de un poeta; la sabihonda porque es un hombre marrado; la actriz porque se lustra de literatura y habla en argot. Simplemente, porque no es una mujer en toda la acepción del término, ya que el público es para ella algo más precioso que el amor.

¿Os imagináis un poeta enamorado de su mujer y obligado a verla interpretar a un travesti? Me parece que debería pegarle fuego al teatro.

¿Os lo imagináis obligado a escribir un papel para su mujer que no tiene ni pizca de talento?

¿Y a aquel otro sudoroso por tener que devolver en unos epigramas al público del proscenio los dolores que el público le ha hecho pasar a su ser más querido —ese ser que los Orientales guardaban bajo siete llaves antes de venir a estudiar derecho a París? Porque a todos los verdaderos escritores les molesta la literatura en determinados momentos, no admito para ellos —almas libres y orgullosas, espíritus fatigados, que tienen siempre necesidad de reposar el séptimo día— más que dos clases de mujeres posibles: las putas o las mujeres tontas —el amor o el puchero—. Hermanos, ¿es necesario explicar las razones?



CHARLES BAUDELAIRE (París, 1821 - 1867). Poeta francés, uno de los máximos exponentes del simbolismo, considerado a menudo el iniciador de la poesía moderna. Hijo del ex sacerdote Joseph-François Baudelaire y de Caroline Dufayis, nació en París el 9 de abril de 1821. Su padre murió el 10 de febrero de 1827 y su madre se casó al año siguiente con el militar Jacques Aupick; Baudelaire nunca aceptó a su padrastro, y los conflictos familiares se transformaron en una constante de su infancia y adolescencia.

En 1831 se trasladó junto a su familia a Lyon y en 1832 ingresó en el Colegio Real, donde estudió hasta 1836, año en que regresaron a París. Continuó sus estudios en el Liceo Louis-le-Grand y fue expulsado por indisciplina en 1839. Más tarde se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y se introdujo en la vida bohemia, conociendo a autores como G. de Nerval y H. de Balzac, y a poetas jóvenes del Barrio Latino. En esa época de diversión también conoció a Sarah «Louchette», prostituta que inspiró algunos de sus poemas y le contagió la sífilis, enfermedad que años más tarde terminaría con su vida.

Su padre adoptivo, el comandante Aupick, descontento con la vida

liberal y a menudo libertina que llevaba el joven Baudelaire, lo envió a un largo viaje con el objeto de alejarlo de sus nuevos hábitos. Embarcó el 9 de junio de 1841 rumbo a la India, pero luego de una escala en la isla Mauricio, regresó a Francia, se instaló de nuevo en la capital y volvió a sus antiguas costumbres desordenadas. Siguió frecuentando los círculos literarios y artísticos y escandalizó a todo París con sus relaciones con Jeanne Duval, la hermosa mulata que le inspiraría algunas de sus más brillantes y controvertidas poesías.

Como ya era mayor de edad, reclamó la herencia paterna, pero su vida de dandy le hizo dilapidar la mitad de su herencia, lo que indujo a sus padres a convocar un consejo de familia para imponerle un tutor judicial que controlara sus bienes. El 21 de septiembre de 1844 la familia designó un notario para administrar su patrimonio y le asignó una pequeña renta mensual, situación que profundizó sus conflictos familiares.

A principios de 1845 empezó a consumir hachís y se dedicó a la crítica de arte, publicando *Le Salon de 1845*, un ensayo elogioso sobre la obra de pintores como Delacroix y Manet, entonces todavía muy discutidos. Ante los primeros síntomas de la sífilis y en medio de una fuerte crisis afectiva, intentó suicidarse el 30 de junio de ese año. Más tarde publicó *Le Salon de 1846* y colaboró en revistas con artículos y poemas. Buena muestra de su trabajo como crítico son sus *Curiosidades estéticas*, recopilación póstuma de sus apreciaciones acerca de los salones, al igual que *El arte romántico* (1868), obra que reunió todos sus trabajos de crítica literaria.

Fue además pionero en el campo de la crítica musical, donde destaca sobre todo la opinión favorable que le mereció la obra de Wagner, que consideraba como la síntesis de un arte nuevo. En literatura, los autores Hoffmann y Edgar Allan Poe, del que realizó numerosas traducciones (todavía las únicas existentes en francés), alcanzaban, también según Baudelaire, esta síntesis vanguardista; la misma que persiguió él mismo en *La Fanfarlo* (1847), su única novela, y en sus distintos esbozos de obras teatrales.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de *Las flores del mal*, en 1857, acabó de desatar la

violenta polémica que se creó en torno a su persona. El 30 de diciembre de 1856, Baudelaire había vendido al editor Poulet-Malassis un conjunto de poemas, trabajados minuciosamente durante ocho años, bajo el título de *Las flores del mal*, que constituyó su principal obra y marcó un hito en la poesía francesa. El poemario se presentó el 25 de junio de 1857 y provocó escándalo entre algunos críticos. Gustave Bourdin, en la edición de *Le Figaro* del 5 de julio, lo consideró un libro «lleno de monstruosidades», y once días después la justicia ordenó el secuestro de la edición y el proceso al autor y al editor, quienes el 20 de agosto comparecieron ante la Sala Sexta del Tribunal del Sena bajo el cargo de «ofensas a la moral pública y las buenas costumbres». Sin embargo, ni la orden de suprimir seis de los poemas del volumen ni la multa de trescientos francos que le fue impuesta impidieron la reedición de la obra en 1861. En esta nueva versión aparecieron, además, unos treinta y cinco textos inéditos.

Precedido de una dedicatoria en verso «Au Lecteur», desconcertante y penetrante apóstrofe, *Las flores del mal* está dividido en seis secciones: *Spleen e Ideal, Cuadros parisienses, El vino, Flores del mal, Rebeldía y La muerte*. En esta subdivisión ha querido verse la intención del autor de dar a la obra casi el riguroso dibujo de un poema que ilustrase la historia de un alma en sus sucesivas manifestaciones. Así, el espectáculo de la realidad y el resultado de las múltiples experiencias (que proporcionaron el tema a las poesías de la primera y de la segunda secciones) seguramente llevaron al poeta a una desolada angustia, que en vano busca consuelo en los «paraísos artificiales», en la embriaguez; después, a una nueva reflexión sobre el mal con sus perversos atractivos y su desesperado horror, de donde se origina un desesperado grito de rebelión contra el mismo orden de la creación; y, finalmente, el extremo refugio de la muerte. Sin embargo, aunque puedan reconocerse las etapas de su drama personal e incluso las anécdotas biográficas (sus amantes: Jeanne Duval, Madame Sabatier, Marie Daubrun), este diseño ideal debe entenderse solamente en su valor simbólico, no como una sucesión propiamente «histórica» de fases sucesivas.

El mismo año de la publicación de *Las flores del mal*, e insistiendo en la misma materia, Baudelaire emprendió la creación de los

Pequeños poemas en prosa, editados en versión íntegra en 1869 (en 1864, *Le Figaro* había publicado algunos textos bajo el título de *El spleen de París*). En esta época también vieron la luz los *Paraísos artificiales* (1858-1860), en los cuales se percibe una notable influencia de De Quincey; el estudio *Richard Wagner et Tannhäuser à Paris*, aparecido en la *Revue européenne* en 1861; y *El pintor de la vida moderna*, un artículo sobre Constantin Guys publicado por *Le Figaro* en 1863.

Pronunció una serie de conferencias en Bélgica (1864), adonde viajó con la intención de publicar sus obras completas, aunque el proyecto naufragó muy pronto por falta de editor, lo que lo desanimó sensiblemente en los meses siguientes. La sífilis que padecía le causó un primer conato de parálisis (1865), y los síntomas de afasia y hemiplejía, que arrastraría hasta su muerte, aparecieron con violencia en marzo de 1866, cuando sufrió un ataque en la iglesia de Saint Loup de Namur.

Trasladado urgentemente por su madre a una clínica de París, permaneció sin habla pero lúcido hasta su fallecimiento, en agosto del año siguiente. Su epistolario se publicó en 1872, los *Journaux intimes* (que incluyen *Cohetes* y *Mi corazón al desnudo*), en 1909; y la primera edición de sus obras completas, en 1939. Charles Baudelaire es considerado el padre, o, mejor dicho, el gran profeta, de la poesía moderna.

Notas

[1] En 1728, a los dieciséis años, el joven Jean Jacques Rousseau abandonó su puesto de aprendiz y cayó bajo la influencia de *Madame* Louise de Warens, una mujer mucho mayor que él que se convirtió en su madre adoptiva y amante, que ejerció un profundo ascendiente en su obra. < <

[2] Eugéne Sue, escritor francés
(1804-1857)
, autor de *Los Misterios de París* y *El judío errante*, novelas humanitarias y patéticas. < <

[3] Paul Féval (1817-1887), escritor francés de folletines. < <

[4] Logografía, arte de escribir tan deprisa como se habla por medio de escribientes que trabajan por turnos. Logogrifo, especie de enigma centrado en la combinación de letras, también se utiliza como discurso ininteligible. < <

[5] Expresión atribuida a Breno, dirigida a los romanos tras la conquista y saqueo de Roma, recordándoles que los vencidos están siempre a merced del vencedor. < <

[6] Jules Janin (1804-1874), novelista y crítico francés, autor de *El asno muerto y la mujer guillotinada, La Normandía Histórica*. <<

[7] Adolphe Granier de Cassagnac, periodista y hombre político gascón
(1808-1880)
famoso por su acidez crítica. < <

[8] Eugene Delacroix
(1798-1863)
, pintor francés, considerado jefe de la escuela romántica. < <

[9] Autor francés (1813-1848) que trabajó para Balzac. < <

[10] En pintura, veladura, capa de color ligera y transparente que se aplica al lienzo. < <

[11] *La Comedie de la Mort* (1838) obra poética de Théophile Gautier. < <

[12] *Kean ou désordre et genie* (1836) Obra de Alejandro Dumas. <<

[13] Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, escritor y músico alemán (1776-1822)
de inspiración poderosa y subyugante, a quien Baudelaire admirase.
<<